



Obra "Las Greas" de Roberto Falcón, noviembre 2010.

ESTÉTICA DE LO AFECTIVO

Roberto M. Falcón Vignoli

textual27@hotmail.com; marcelo.falcon@ceaq-sorbonne.org

Este artículo trata de lo dicho, del silencio de las voces inteligentemente afectivas emanadas por las abuelas. Del descubrimiento de tales soplos o ecos potencialmente activos en nuestra cotidianidad, que permiten simultáneamente navegar por lo profundo y lo superficial, por lo visible e invisible del lenguaje de oro; aquel que se vivencia como una energía patrimoniable. Es decir, que se estaría ante realidades que nutren, que nos dan pertenencia e identidad durante el pliegue intenso de nuestras vidas, de nuestras existencias compartidas, entretejidas en un todo vital de correspondencias. Desde esta mirada, las voces afectivas de las abuelas se revelan como una savia que nos acoge y nos dice con nuestro consentimiento. Por ello, son realidades que lejos de imponer u obligar, son resonancias misteriosas que nos hechizan y encantan la vida ordinaria.

Palabras claves: abuelas, voz, afectivo, intramundano, intraparentético e inraidentitario.

Rehabilitar el pasado está ligado al verlo, reconocerlo, pensarlo, valorarlo, sentirlo, quererlo, cuidarlo, hacerlo venir y ofrecerlo hoy. Este sería un modo de descubrir, de entender, de experimentar como toda huella del pasado puede aparecer y revelarse como una continua resistencia. Sería así que podría comprenderse su esfuerzo por no dejar de ser,

su persistencia, su estar ahí para nosotros. De este modo aquello que logra todos los días sobrevivir y que simultáneamente, se ofrece como un lugar, como un espacio habitable, listo, pronto para relacionarse con él cotidianamente, se erigiría como un eco vivo del ayer, del pensamiento, del verbo de un pasado ahí presente. Desde esta mirada, estas

huellas comienzan a revelarse como realidades patrimoniales, que bien pueden concebirse como potencias o realidades que hechizan lo cotidiano, las ciudades, los pueblos, los barrios, los hogares, las personas, sus relaciones.

En este sentido, tales conjuros del día a día, del espacio habitual, podrían vivirse como eventos, como realidades que se salvan y nos salvan de un olvido mortuorio. Por lo tanto, estaríamos dentro una estética vital, siempre que nos vinculemos con tales manifestaciones procedentes del ayer, que de un modo más o menos evidente se resisten a dejar de ser, de dar. La belleza y la atracción de lo eterno vital se revela como una lucha diaria por revivir, por recomenzar, por repetirse revivificado en cada presente. Tal situación sería una renovación y no una innovación de las realidades sociales. Es decir, que la reaparición de ciertas huellas del ayer, paradójicamente, podrían innovar las relaciones que con ellas tengan las personas en su vida habitual. Por ende, las huellas, los ecos, las resonancias de tiempos pasados, se pueden experimentar como espacios que nos invitan, que nos hechizan, que nos provocan comportamientos encantados.

Estas apariciones más o menos fulgurantes, constituyen paréntesis silenciosos que nos dicen, que nos hablan en una lengua de oro, en un lenguaje de transformaciones, en una voz elegante que dibuja umbrales maravillosos en los muros de nuestros pensamientos. Estamos pues, ante soplos que nos invitan a participar de territorios cuyo sentido poético ilumina toda la vida y sin duda, nuestra existencia cotidiana. Por lo tanto, inmersos en esta realidad, podríamos comprender las voces de nuestras abuelas como umbrales vitales y nutritivos, como huellas vivas, como manifestaciones afectivas. Tales verbos, palabras, alientos creadores, señales, recuerdos, son la evidencia de una fuerza salvaje que no se entumece, que no muere, que no desaparece, que no se olvida. Estaríamos ante la vivencia de efervescencias indómitas que emergen y se donan cotidianamente para que nuestra vida sea más rica, es decir, poéticamente vital.

Indudablemente tales hechos, tales reminiscencias, tales lenguajes silenciosos o

resonancias vivas, escapan a la inspección, a la sujeción, a las trabas de una realidad social fría y controladora. La sociedad entendida como un espacio sustentado solamente en lo racional y en intereses egoístas que petrifican lo sensible, lo afectivo, lo que da vida, no puede evitar el fluir secreto e íntimo de tales voces acuosas, que brotan en todos sus intersticios inesperados. Es así, que tales voces nutritivas no son rehén de lo que controla, de un futuro perfectamente proyectado, sino que son emergencias, eyecciones líquidas y sensibles, de un ayer que espiritualiza, que dignifica el hoy y todo presente vitalmente afectivo. Desde esta vibración o dimensión reflexivamente afectiva, situamos las voces de nuestras abuelas, su decir, sus entonaciones, sus cánticos, sus silencios sustanciales, como fuerzas patrimoniales, como voces que guían sin imposición, como realidades que nos autorizan si las autorizamos, como potencias que dialogan desde lo profundo de nuestro ser ligado al universo. Podemos sentir, intuir y comprender que los verbos eyectados desde su corazón extensivo, son verdaderos o valiosos acontecimientos que facilitan la emergencia de una multiplicidad de sentidos y orientaciones a nuestras vidas. Sin duda, se mueven y remueven demostrando que sí es posible generar movimientos armónicos con la realidad sistémica en la cual respiramos todos los días.

Sería así, que impulsar toda realidad social, gestionarla desde tales potencias afectivas, no sería poner en funcionamiento una maquinaria, sino nutrir un organismo viviente, inteligentemente sensible. Por lo tanto, la visión afectiva de una sociedad en movimiento, implica una estética vital, una belleza de las relaciones cotidianas de las personas. Desde tal lugar, la cultura se revela como un eco de un ser humano que sabe combinar indisociablemente, razón y sensibilidad, es decir, nutrir sus potencias intelectuales con las voces subterráneas del amor, con las fuerzas sensiblemente patrimoniales, con los soplos de sus abuelos, que son capaces de curvarse para traspasar todas las barreras, todos los diques erigidos por los intereses egoístas, por las mentes disociadas de su más íntima realidad: lo afectivo, lo sensible, lo espiritual. La visión afectiva de las personas, de sus relaciones y de

la cultura, potenciaría el movimiento social en todo presente, alejado exclusivamente de todo proyecto de futuro, entendido éste como realidad que reprime toda agitación sensible. La razón a ultranza encarnada en las realidades proyectuales, no es más que una carencia, que la ausencia de la actualización de lo más íntimo del potencial del ser humano. Es así, que todo proyecto como realidad congelante de las fuerzas espirituales y afectivas de las personas, solamente marcha en dirección de abortar las fuerzas indómitas, salvajes y vitales de la naturaleza humana. Por ende, las voces de las abuelas, de todas nuestras abuelas, se revelan como fuerzas necesarias para tejer la vida cotidiana. Realidad que desvela que quién trabaje ordinariamente sin ellas, sin estos hilos de plata y oro, racionales y afectivos, sin esta trama en presente, sin este croché enviado desde el ayer, sin esta urdimbre de amor, sencillamente nada hace. Podríamos entender que quién mueva, haga, gestione, proyecto o planifique cualquier cosa, sin este tejido inteligentemente afectivo, solamente edificaría enormes castillos de azúcar sobre café hirviendo.

En definitiva, resulta necesario abrir nuestros sentidos para escuchar las voces de las abuelas, estos alientos divinos, mágicos y cotidianos que con sencillez y valentía, atraviesan todas las dificultades, solamente para con nuestro consentimiento, darnos, ofrecernos. Estamos pues, ante soplos verbales o ecos patrimoniales, que tejidos adecuadamente son capaces de convertirse en realidad acuosa para irrigar silenciosamente la sequía de nuestras almas, de nuestras sociedades desespiritualizadas o proyectadas. Solamente desde estas potencias vivas, es posible que nuestra sociedades dejen de ser enteramente rehenes de intereses egoístas, de mentes enfermas o desligadas de lo sistémico. Sin duda, estas voces ancestrales que eyectan nuestras abuelas, son manifestaciones encantadas que hechizan nuestras vidas, nuestros pueblos, nuestras relaciones y que revelan una supervivencia heroica y cotidiana de lo sensible, de lo afectivo. Estas voces patrimoniales con nuestro conformidad, transforman nuestro estar, nuestro pensar, nuestro hacer, nuestras calles, nuestras relaciones ordinarias, nuestros

momentos de introspección y todos nuestros propósitos. Podemos entenderlas pues, como templos acústicos que alejándose dan, como espacios mágicos que proporcionan múltiples sentidos a todo movimiento ecosocial, a todo movimiento espiritual de las personas y los grupos de los cuales participan. Es así que adquieren una dimensión pedagógica, formativa, ya que generan experiencias que nos hacen comprender, que nos despiertan.

Por consiguiente, el relato de las abuelas como sustancias patrimoniales, se revelan como potencias simbólicas que relacionan el ayer, el hoy y el devenir. Son la propia ciudad, la propia sociedad, la propia cultura, la propia humanidad que invisiblemente da sentido a toda manifestación visible. Son energías mágicas y enigmáticas que vivifican, son memorias vivas que potencian la vida social de todos los días. Por ende, su hablar es causa ancestral, es patrimonio vivo e intangible que mueve, que gestiona afectivamente todos los dinamismos ordinarios. Sería así, que la multiplicidad de sus pequeños relatos, son una fuerza principal que participa de toda restauración, de toda reinvencción, de toda renovación de la vida ecosocial, de la vida espiritual y afectiva de las sociedades. Son pues, voces, verbos, alientos combinados en palabras, en oraciones, que a modo de llaves precisas, abren todas las puertas cerradas de una humanidad prisionera en la cárcel de su pequeñez, de su razón. Es decir, las voces de nuestras abuelas abren cotidianamente en nuestros muros pétreos, en nuestras murallas blindadas, espacios de sueño, de libertad y de vida afectiva. Desde esta mirada, desde esta manera de entender las voces de nuestras abuelas, de nuestras potencias patrimoniales, nos es posible comprender a su vez, que se revelan como un conocimiento que emerge desde lo más profundo del ser humano. Por lo tanto, es factible reconocerlas como un conocimiento afectivo que facilita, que permite la conjunción, la relación, la unión, el reencuentro, el matrimonio, el religar de nuestro ser con el ser de todo lo que nos rodea. Es así, como las voces de las abuelas entendidas como arquetipos conscientes, silenciosos y sustanciales, se muestran como puertas de acceso hacia estadios sociales de mayor fertilidad, belleza, justicia y participación de lo

diverso. Son pues, ebulliciones esenciales del ser humano que se expresan como umbrales, como oportunidades para unir y separar, como ecos que nos inician en realidades habitables, respirables. En definitiva, son voces, verbos, alientos, fuerzas espirituales, patrimonios vivos que vivifican, que inician, que acompañan nuestra formación y que facilitan la procesión íntima de las personas y sociedades. De este modo, ayudan a que las personas y comunidades lleguen verdaderamente a sí mismas, para desde allí, ser. Por lo tanto, estamos ante alientos inteligentemente sensibles que nos reciben con amor y que nos lanzan con la conformidad de nuestra oscuridad misteriosa, sus rayos de luz. De esta forma, emergería aquella chispa lumínica en cada uno de nosotros y en las diversas realidades societales, que nos despertaría continuamente en nuestra marcha o perduración cotidiana.

Sería así que la o las culturas emanadas por los diversos grupos sociales, se revelarían como un eco, como una actividad de las efervescencias profundas de la naturaleza humana. Los escenarios culturales podrían experimentarse como un espacio plegado y replegado, como una compleja realidad rizomática propicia para la aparición y extensión de múltiples ebulliciones de las potencias personales y colectivas. Estas emergencias, estos soplos, constituirían los elementos sorprendentes de nuestras realidades culturales, de todos los pliegues sociales, quizás entendidos como los ingredientes extraordinarios y patrimoniales de nuestra cocina diaria. Por ello, no impedir la aparición de tales ingredientes en nuestro horno o crisol ordinario, permitiría enriquecer todo aquello que se conforme, que se modele para ofrecer y que se puede incluso degustar en sí mismo. Entramos entonces en una dimensión en la cual toda cocina ordinaria, se enriquece por la emergencia de lo extraordinario, de lo profundo, de lo secreto la naturaleza humana, de aquellas fuerzas que pugnan por revelarse y que constituyen los ingredientes sorprendentes que permiten una alimentación sustancial.

La estética de lo afectivo revela la belleza de lo profundo, de lo esencial, de la preciosa relación entre lo consciente y lo

inconsciente. Es decir, la aparición de un paréntesis sagrado, de un espacio intraparentético que es generado por la concurrencia de los opuestos, convirtiéndose o revelándose de este modo, en lugar habitable. Sería así, que todo pliegue social puede ser comprendido como la belleza del aquí y ahora en armonía con las fuerzas oscuras, profundas y subterráneas de la naturaleza humana. La cocina cotidiana, la de todos los días, se potencia con el aporte desinteresado de las fuerzas intestinas de las personas, que a modo de burbujas de oxígeno potencian toda respiración subsistente. Esta realidad intraparentética, sacra, cotidiana, oscura, luminosa, íntima, pública, podría constatar y experimentarse en todos los encuentros sociales fortuitos, aleatorios, como en las plazas, en las calles y en todas aquellas formas de convivencia diaria o habitual. Sin duda, las voces, los soplos de las abuelas, estas energías que se donan, pueden emerger en la superficie de todos los encuentros diarios. Por lo tanto, las plazas intraparentéticas de nuestra realidad ordinaria, son pliegues temporales y afectivos que brotan sorpresivamente y nos conectamos con ellos, les experimentamos, si estamos despiertos, atentos, receptivos. Sería así que en tales aperturas independientes de todo control o imposición, sencillamente respiramos, vibramos, nos sentimos vivos, inexplicablemente felices o radiantes.

Las plazas intraparentéticas donde las potencias patrimoniales brotan, las voces inteligentemente afectivas de las abuelas, son intersticios de múltiples y rizomáticas donaciones. Sus æfectos se irradian en todas direcciones, generando nuevos paréntesis vitales, siempre alejados de toda imposición. Tales ebulliciones ordinarias evidencian un renacer incesante de espacios intraparentéticos intensos, que pueden ser visto como realidades extraparentéticas peligrosas desde toda realidad congelante, autoritaria, egoísta, mezquina y anquilosada. Las plazas afectivas son manantiales necesarios en todas las personas, en todas las villas, en todas las ciudades, razón por la cual reemergen continuamente. Es así que las voces de las abuelas podrían entenderse como intervalos inteligentes y sensibles que se donan, como una poética de amor, como una estética de la renovación que irriga ordinariamente todo

entumecimiento individual y colectivo. Por ello son paréntesis que elevan lo ordinario al darle sentido espiritual y sensible, facilitando así la emergencia de realidades culturales oxigenantes.

Desde esta posición, adquiere trascendencia toda ciencia práctica de lo singular, aquella que modifica todo hábito, toda costumbre que petrifica el fluir de las potencias humanas, su actualización, es decir, su brotar afectivo. Las voces de las abuelas son realidades marginales dentro de un paradigma racionalista, dentro de una cultura de masas, dentro de un espacio proyectado para estandarizar los pensamientos y comportamientos de las personas. Las realidades intersticiales patrimoniales y afectivas, son potencias activas en todo presente, que hacen que tomemos conciencia de nuestra realidad singular. Son pues, energías verbales, recuerdos vivos y sensibles que ligan conocimiento y persona, conocimiento y fuerzas singulares, subterráneas. Por ende, no homogenizan las relaciones ordinarias y no se revelan como un conocimiento de lo general, sino de lo particular. Las voces de las abuelas las podemos ligar a una cocina inteligente en presente, que combina sus saberes para cada situación sorpresiva. Son fuerzas que reciben las urgencias de todos sus nietos, cercanos y lejanos. Son pues, experiencias gustosas que siempre dan oportunamente, que ofrecen acogiendo y nutriendo. Son realidades fuera de un tiempo lineal, continuo, es decir, habitan lo plegado, lo intenso y lo eterno. Se mueven alejadas de toda masificación, de toda generalidad, por ello, podemos vivirlas como narraciones que nos hechizan imperecederamente. Tales alimentos del alma que se apetecen y gustan en todo tiempo permiten experiencias que nos hacen entrar y vibrar en paréntesis afectivos simultáneamente íntimos y públicos. Indudablemente estas voces subterráneas escapan a todas las recetas para ofrecer la belleza de lo singular.

Desde esta perspectiva tales voces patrimoniales y apreciadas, son realidades que se adaptan a nuestras urgencias y condicionamientos ordinarios. Logrando que todos nuestros proyectos y planificaciones se

humedezcan de la afectividad necesaria. Nos brindan en presente, esta quinta esencia sustancial que brota de lo más profundo de la naturaleza humana. Por ello todo proyecto convertido en trayecto en acción inteligentemente afectiva, se revela como un ecoproyecto que atiende las potencias patrimoniales de los pliegues sociales donde emerge. Es posible pensar que toda planificación, que toda anticipación intelectual, se humedecería en todas las plazas intraparentéticas, con todas las voces afectivas. Este ritual ordinario hace de las elaboraciones cotidianas, una reverberación de las potencias sensibles de lo profundo de la naturaleza del hombre. Tales acciones litúrgicas, la vivencia prácticamente inencontrable de las mismas, son el perfume patrimonial que da pertenencia e identidad, ya que ofrece sustancialidad afectiva. Este secreto dicho, no oculto, es siempre el mismo. Es sencillamente poner atención en el otro, en los demás, conocidos y desconocidos, con la misma intensidad que en uno mismo. Aquí el interés desinteresado es un secreto que vale la pena divulgar, extender, ya que es la quinta esencia o sustancia afectiva necesaria para la vida, aquella ofrecida todos los días por el soplo de las abuelas. Tal destello dicho es potencia que nutre, inspira, viste, engalana, todas nuestras acciones y pensamientos. Es aquella energía que regenera dentro de una estética de la pobreza y la austeridad, la relación de los signos del paréntesis, para que lo intraparentético ocurra. Es decir, facilita la concurrencia de los opuestos para que los espacios vitales, sean. Esta emergencia, esta estética de la belleza, de la austeridad, es un lujo manifiesto.

Desde este estadio las voces de las abuelas pueden experimentarse como rituales cotidianos, como una música afectiva necesaria para toda actualización del potencial de las personas y grupos sociales. Por consiguiente tales vibraciones y ritmos sensibles facilitan los tránsitos cotidianos, y en ellos, lo heterogéneo, lo múltiple, lo diverso, lo complejo. En este sentido, todo instante de actualización de aquello que late en cada realidad individual y colectiva, necesita de un eco vivo, de voces ancestrales que se legan. Estos alientos eternos que nos nutren todos los días encarnan

elegantemente la danza paradójal y armónica de lo opuesto, de la cultura y la natura, de lo corporal y lo espiritual, de la razón y la sensibilidad, de lo masculino y lo femenino. Es decir, que tales soplos inteligentemente afectivos se nos revelan como un humus, como una tierra fértil, nutritiva y vital que facilita, que permite y que acompaña todo proceso de germinación personal y grupal. Estas voces fértiles y térreas, sustentan todo movimiento de actualización de aquel potencial, de aquellas intensidades que mueven, que buscan incesantemente flotar en superficie, es decir, donarse en todo espacio extenso. Razón por la cual, las voces de las abuelas nacen de lo íntimo del ser personal para ligarse con lo íntimo del ser personal de los demás.

Desde este matiz, podemos decir que las voces afectivas son fuerzas, energías, que facilitan la relación adecuada entre los signos de todo paréntesis, para que el espacio intraparentético emerja. Logran pues, que dichos signos dejen de estar en la misma dirección, dejen de estar en direcciones opuestas, para que estén enfrentados y así actualizar sus potenciales, es decir, hacer brotar el espacio intraparentético. Solamente la confluencia la reunión de los opuestos, hace aparecer, visibilizar, un espacio social enriquecido por todas las fuerzas subterráneas de la naturaleza humana. La ebullición, la efervescencia ordinaria de lo intraparentético, de lo intrasocial, de lo intrapatrimonial, facilita la aparición de estadios afectivos respirables. La concurrencia de los opuestos, la razón y lo sensible, lo superficial y lo profundo, como dos signos del mismo paréntesis, ofrecen el tiempo intersticial necesario para la visibilización del potencial de las personas, de los pliegues sociales. Toda realidad social como espacio intraparentético se revela como una realidad que ha manado o aflorado de una relación de opuestos. Por lo tanto, lo intraparentético se nos revela como un mundo afectivo que permite la emancipación de la razón como único lente de visión. Independizarse de todo dualismo infértil, de toda realidad que fragmenta y separa, es posible gracias al gluón verbal de las abuelas, gracias a tales soplos que son capaces de convocar la reunión sagrada de todas las fuerzas del universo, de todas las potencias de la

naturaleza humana. Reunión o comunión que eyecta súbitamente estadios intraparentéticos habitables. Es así que en tales paréntesis son necesarias las relaciones entre bien y mal, verdad y mentira, justicia e injusticia, perfección e imperfección y en definitiva, civilización y barbarie. Por lo tanto, las relaciones que permite el paréntesis son un juego de opuestos que reunidos eyectan tiempos vitales.

Finalmente podemos establecer que dentro de estos estadios intraparentéticos brilla lo cualitativo, aquello que irrigan todos los soplos verbales de nuestras abuelas, todas las acciones cotidianas y afectivas. De esta manera emergen las resonancias poéticas en los pliegues ecosociales, facilitadas por el movimiento visible e invisible de las fuerzas humanas. Es así que crear y recrear desde estas realidades proporciona la explosión de toda aventura vital de las personas y los colectivos que integran. Por ello, toda verdad imaginal de la época vive en una dimensión intraparentética, en un estadio diferente a toda realidad extraparentética o fragmentada, como lo evidencia todo pensamiento conformista o desespiritualizado. Estamos pues, ante ecosociedades que revelan exudaciones de lo profundo de su naturaleza, ante realidades intramundanas emergentes a causa de reuniones afectivas, de adecuadas convivencias de lo diverso. Sería así que lo intraparentético societal no marginaliza, no excluye, sino que logra con naturalidad nutrirse de las existencias de lo encontrado. Por ende, facilitando la aparición de ecosociedades es propiciar la existencia de sociedades intraparentéticas o realidades sociales que orbitan cotidianamente un centro inteligentemente afectivo u *ordo amoris*. Tal situación revela el sentido de las voces de las abuelas, de estas fuerzas patrimoniales que implican tanto la palabra como su silencio sustancial. Esta doble condición del lenguaje afectivo navega simultáneamente por aguas superficiales y profundas. Por ello, sus decir puede ser entendido como un balbuceo mágico, como chispas fugaces que destellan más que como palabras que recortan, limitan, amputan y circunscriben. Este verbo patrimonialbe e inteligentemente afectivo, se asemejaría más a

un lenguaje inarticulado, aquel que no aborta lo poético, que no asesina, que nos encanta, hechiza y nos conecta con lo inefable, con todos los imaginarios vitales o mundos simbólicos. Por ende, tales verbos superficiales y profundos, son potencias activas, realidades intraparentéticas que a modo de organismos vivos nos donan todas las savias necesarias para nuestra radiante perduración. Indudablemente,

el silencio de estos soplos afectivos brota de las profundidades de su ser ligado a nosotros, al universo. Emergen o se revelan, como un lenguaje de lo subterráneo reunido con lo superficial de nuestro avatares diarios. Tal ebullición, tal lenguaje de oro, es posible escucharlo si hacemos silencio, si le permitimos y si caminamos tanto en sus palabras dichas como en los intersticios emergentes.

Bibliografía

- CERTEAU, MICHEL DE, LUCE GIARD y PIERRE MAYOL. *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*. México DF: Universidad Iberoamericana-ITESO, 2006.
- DELEUZE, GILLES. *Rizoma*. Valencia: Pre-Textos, 2003.
- FALCÓN VIGNOLI, ROBERTO MARCELO. Sentido del proyecto afectivo. *Universidad de Barcelona. Tesis doctoral, 2010*. <http://www.tdr.cesca.es>
- GREENE, BRIAN. *El Universo elegante*. Madrid: Crítica/Planeta, 2003.
- MAFFESOLI, MICHEL. *Apocalypse*. Paris : CNRS Editions, 2009.
- ROF CARBALLO, JUAN. *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Espasa Calpe, 1990.
- VIGNOLI, DERNA. Blog, *Espacio de abuelas uruguayas*: <http://vocesquedan.blogspot.com>



Marcelo Falcón es doctor por la Universidad de Barcelona, con una tesis de filosofía del proyecto. Es profesor del ECV, Paris, co-fundador de la Asociación Cultural Sousencre, investigador del GREAS, Universidad René Descartes, Paris V, del proyecto Educación Patrimonial, Universidad de Valladolid y colaborador del grupo CUICA, Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido alumno y profesor en la UdelaR, IENBA.